

profesorado, o su falta de preparación o motivación, se ha sustituido por tabletas y ordenadores usados con software de gran calidad, no se fomenta la interacción directa con los maestros, y puede que tampoco entre los alumnos. Por el contrario, en las zonas del país que gozan de un mayor nivel adquisitivo – y menciona en concreto las guarderías de Silicon Valley (cuna de las empresas tecnológicas del país) – los padres han vetado el uso de pantallas en el aula. Uno de los motivos que aducen para vetarlas es su efecto adictivo y de aislamiento de la realidad “real”, frente a la “virtual”.

Quizá ha llegado el momento de plantearnos si el uso de estos medios en el aula es siempre necesario, o si algunas veces su uso provoca la reducción (o incluso la ausencia) de interacción con los alumnos, especialmente en contextos donde la lengua es fundamental para la integración de alumnos con dificultades o procedentes de otros países. Cabe preguntarse si, en estos tiempos que corren, el aula no deberá ir contra corriente y ser por excelencia el santuario de la palabra, pues como ya demostró Bernstein en los años setenta<sup>3</sup>, hay una relación directa entre la lengua, la clase y el control social, y a nadie se le escapa que muchos jóvenes viven literalmente inmersos en un tipo de lenguaje simplificado y reducido a pocos caracteres. Si hace años la brecha digital dividía a los que tenían acceso a internet de los que no lo tenían, quizá hay que plantearse si la nueva brecha posible es la preeminencia de la tecnología frente a la interacción entre alumnos y maestros.

1 Jeremy Rifkin, (2001) *The Age of Access: the New Culture of Hypercapitalism*. Random House-Penguin.

2 *The Digital Gap Between Rich and Poor Kids Is Not What We Expected: The New York Times* (26.10.2018).

3 Basil Bernstein, (1971) *Class, Codes and Control: V. 1 – Theoretical Studies Towards A Sociology Of Language*. London: Routledge.



## Nubes y claros

Xavier Besalú (GI)

(Hoy el cielo ha amanecido despejado y transparente. Mañana, la previsión anuncia cielo cubierto y día tormentoso. Pasado, ya no lo sé).

El *acceso a la información* y al saber se ha facilitado y expandido de forma brutal. Han caído los límites temporales (de 9 a 17 en horario escolar; de 6 a 12 años la escolarización obligatoria, de 18 a 23 la formación universitaria...) y los geográficos (en centros escolares, universidades, bibliotecas y centros de investigación...). Y se ha abaratado de forma extraordinaria. Su inmediatez es algo que solo podemos valorar los inmigrantes digitales. La *tecnología digital* no solo es un medio para transportar la información. También es un medio de relación, de participación y de seducción, que modifica sustancialmente la manera con que el individuo construye conocimiento, aprende y comprende.

*Pero el volumen* inabarcable de información disponible (la mayoría de la información que consideramos valiosa – bibliotecas, museos, enciclopedias, diccionarios, bases de datos, revistas... – está en la red) puede producir con facilidad saturación, desconcierto e incluso desinformación. Y la *velocidad* a la que se produce y se consume la convierte en provisional y frágil, fragmentaria, cambiante, parcial, sin diferenciar la verdad de la mentira, lo maravilloso de lo despreciable, lo emotivo y seductor de lo reposado y sólido.

Conseguir que, a partir de aquí, se genere conocimiento estructurado, integrado, verosímil, útil para comprender la realidad y poder intervenir en ella, basado en argumentos bien fundamentados y evidencias contrastables, es un reto que necesita ayuda, entrenamiento, reglas y voluntad.

Las *redes sociales* – el móvil como símbolo, *Internet* como alfabeto – se han convertido en los nuevos contextos de socialización de los individuos, en uno de los escenarios esenciales de



su crecimiento y maduración, en el marco más poderoso para formar sus opiniones, creencias, intereses, valores, ideología, principios y actitudes.

*Internet* nos permite salir de nuestra comunidad local y de nuestro entorno cultural, y participar de otros mundos; posibilita la apertura de puertas y ventanas que pueden poner en crisis nuestra cultura experiencial, las formas de vida hegemónicas de nuestro espacio vital. (Algo similar a lo que pretendía la escuela en las sociedades industriales).

La *cultura digital*, por otra parte, rechaza la propiedad privada y cuestiona los derechos individuales de autor, porque apuesta por el carácter gratuito y democrático del conocimiento. (¿Sería una versión actualizada del marxismo?).

La *tecnología digital* – solo nueva para los que no hemos nacido con ella – cambia abruptamente el papel, las funciones y el estatus de las generaciones adultas, de los padres, madres y abuelos, profesores, monitores y tutores. Primero, por el simple dominio práctico de la nueva tecnología. Y luego, por el grado y diversidad de informaciones y conocimientos a los que las nuevas generaciones tienen acceso desde su más tierna edad. También por su experiencia cotidiana de horizontalidad, participación, permanente elección entre posibilidades distintas y libertad de expresión.

La *revolución tecnológica* transforma además todas las estructuras de intermediación política, religiosa, profesional, instructiva, informativa... y abre la puerta a nuevas formas de participación desde abajo. En *política*, los partidos políticos ya no son esos agentes todopoderosos, obligados a consultar a la ciudadanía cada cierto tiempo para después olvidarse de ella. En *religión*, cada día más creyentes de todas las religiones prescinden de la mediación de pastores y sacerdotes, de iglesias y comunidades organizadas, para relacionarse directamente con lo Otro, con lo trascendente. En *el trabajo*, cada día es más autónomo y más abierto, más aparentemente solitario, pero más entrelazado y en-redado. En la *escuela*, profesor y libro de texto ya han dejado de ser la fuente única o principal



del saber. En la *información*, no hay más que ver la crisis de todos los periódicos, revistas e incluso televisiones y radios.

La *era digital* requiere aprendizajes de orden superior y divergente, que ayuden a vivir en la incertidumbre, la complejidad y la conflictividad. Si apelamos a las tecnologías clásicas, hablaríamos de menos memorización, menos tareas rutinarias, menos análisis de lo dado (menos educación *bancaria*) y más formación para ser sujetos autónomos, críticos e independientes, capaces de tomar decisiones informadas, de participar libremente en la vida profesional, social y cultural, y capaces de seguir aprendiendo a lo largo de toda su vida y suspesar alternativas diversas antes de dejarse llevar por lo más fácil o atractivo...

La capacidad para usar las TIC determina cada día más a las personas, de forma que acabará por definir sus posibilidades productivas, sociales y culturales. El analfabetismo digital es una nueva forma de exclusión social. Y la importancia creciente del sector servicios hace más que evidente lo relevante de la información y la comunicación.